

La Isla

Álvaro Pérez Fernández

La Isla

Álvaro Pérez Fernández



Capítulo 1

Desperté en la orilla de un pequeño islote. Un limbo marítimo habitado por la nada. Mis únicas pertenencias: mi ropa y una moneda de plata. El más absoluto silencio bañaba el lugar. El agua permanecía tranquila, imperturbable. Al mirarla observé mi nítido reflejo, como si mi vista se encontrase con un espejo. En la lejanía, una densa niebla engullía el horizonte. Permanecí inmóvil, con el temor de producir un ruido que alterase el equilibrio del lugar y desencadenase consecuencias terribles para mí. Mucho tuve que esperar hasta que vinieron a buscarme. El sonido del agua revuelta por un remo anunció la llegada de mi rescatador. Una cortina de niebla se abrió al paso de un bote. El remero guio la embarcación hasta mí. Era un anciano de cabellos largos y canosos. De complexión delgada, con un rostro secado por la vejez. Vestía una túnica de color pardo, casi tan oscura como la madera del bote. Cuando la embarcación tomó tierra, extendió su zurda hacia mí, esperando el pago de sus servicios. Yo deposité la moneda en la huesuda mano y él, con un tosco bufido, me invitó a subir. Impulsó la embarcación con el remo, alejándonos del islote, y se adentró en la niebla.

Nada en la embarcación permitía sentarse, así que permanecí de pie, observando al anciano navegar en la niebla. Nada parecía indicar el camino. Ni el sol ni ninguna estrella podía guiar su rumbo. Ni siquiera una suave brisa en la que confiar. Sin embargo, él no titubeaba en sus elecciones. Su mirada serena no dejaba entrever atisbo de duda. Entregados a su fe navegamos hasta que el bote empezó a zarandearse levemente. La calma del agua se había acabado, y el oleaje mecía la embarcación con su rítmico vaivén. Pese a que el movimiento era cada vez mayor, el anciano no se inmutó. El tamaño de las olas creció hasta el punto de amenazar con volcar el bote. Intentando evitar caer por la borda, me agaché todo lo que pude y centré mi atención en el suelo. Unos pequeños charcos de agua se retorcían con cada envite que recibíamos. Los pies del anciano se mantenían firmes, como si las sacudidas no lo afectasen. Para mi alivio, las olas desistieron en su empeño de hacernos naufragar, y la calma volvió a reinar en el agua. Me incorporé de nuevo para ver que la niebla también nos había abandonado, o al menos se había alejado de nosotros y se mantenía vigilante a nuestras espaldas. En la dirección opuesta estaba nuestro destino. Una singular isla rocosa que se alzaba esperando nuestra llegada.

El anciano dirigió el bote hacia un pequeño embarcadero y esperó a que me bajase. Sin mediar palabra, partió de nuevo hacia el horizonte. Me mantuve en el embarcadero hasta que el bote fue completamente devorado por la niebla. De nuevo, solo. Me tomé un momento para mirar a mi alrededor. Todo allí tenía un aspecto bastante artificial. Las rocas se cortaban en caras verticales completamente planas, a tal nivel de perfección que parecía imposible de alcanzar por la propia naturaleza.

Desperdigadas aquí y allá se habían picado aberturas rectangulares en las rocosas paredes, como puertas que siempre permanecerían selladas. El camino del embarcadero desembocaba en la entrada de un bosque de altos cipreses. Era el único camino posible, ya que todo lo demás quedaba flanqueado por las dominantes rocas. Sin otra opción aparente, marché hacia los árboles.

Me adentré en una lánguida penumbra que acompañaba a un frío funerario. Árboles y suelo se ataviaban únicamente con tonos grises y marrones. Un rumor llegaba proveniente de más allá de los árboles. Incomprensible pero nada grato. Un siseo malvado como un viento hiriente. El camino se estrechaba según avanzaba, o quizá eran los árboles abalanzándose sobre mí, lentos pero ineludibles. Sus ramas terminaron por bloquear el camino. La opción de dar media vuelta me tentó, pero al mirar atrás me encontré un abismo oscuro. Inescrutable. Antesala de una soledad sombría. Invitación a una perdición tortuosa. Me arriesgué a avanzar. Las ramas me envolvían como brazos que me intentaban retener. Las hojas eran agujas que se clavaban en mi piel. Se aferraban a ella y la desgarraban si no me movía con cuidado. Con gran esfuerzo y numerosas heridas conseguí abrirme paso.

Ante mí había una vasta extensión de tierra yerma, tan inmensa que costaba creer que pudiese ser albergada por aquella isla. Un terrero vacío que se expandía hasta alcanzar el horizonte, donde se fusionaba con un ocre cielo sin sol. Grisáceos cúmulos se mantenían inmóviles. Todo transmitía una sensación extrañamente sombría. No de muerte, sino de carencia de vida. Como si yo fuese el primer ser que se adentraba en aquella inmensidad. La idea me sobrecogió el corazón, pero un sonido familiar me reconfortó: el dulce canto de un ave albar que pasó volando a baja altura a mi lado. Ascendió con un grácil revoloteo. Jugeteaba encantada, contorsionándose en el aire, como el único representante de la dicha en aquel lugar. Pero el viento comenzó a soplar en su contra, como si tuviese la intención de cortar la alegría del ave. Para mi alivio, el ímpetu de sus alas venció la corriente, y el ave ascendió aún más, victoriosa y celestial.

Poco tiempo pasó hasta que el aire volvió en busca de su revancha. Las nubes grises se multiplicaron y el viento ganó fuerza. Bufaba colérico en su nuevo asalto para derribar al ave. El animal se sacudió. Se notaba que era incapaz de controlar su vuelo. Terminó siendo cautivo de la corriente y se desplomó sobre el suelo como un ángel herido que cae al mundo terrenal.

Se hizo una calma siniestra, antesala de la tragedia. Corrí hacia el ave derribada. Las nubes se oscurecieron y se contorsionaron, dando forma a una maléfica figura que desplegó sus alas. Era etérea pero intimidante. Emperatriz de aquel lugar. Sobrevoló los cielos acechándonos en círculos, esperando a que yo me reuniese con el ave. Su presencia acrecentó mi

desesperación, y desesperado corrí hacia el animal. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, la hostil figura se abalanzó sobre nosotros, decidida a impedir la reunión. Me lancé al suelo y abracé al ave justo antes de que aquel mensajero de desesperación cayese encima nuestro. Una nube de oscuridad nos engulló. El aire se volvió pesado de respirar. Congelaba al contacto con la piel y al entrar en mis pulmones. Sólo la calidez del ave que custodiaba en mis brazos interrumpía el frígido ambiente. Me quedé detenido en ese estado durante años, quizá décadas. Encerrado entre un frío glacial y un calor reconfortante. Incapaz de moverme o de abrir o los ojos. Hasta el día en el que el calor venció al frío, y mis ojos alcanzaron a ver de nuevo el radiante sol.